



DOCUMENTO DE ANÁLISIS DEL IEEE 08/2010

ESTRATEGIA, GEOESTRATEGIA, GEOPOLÍTICA

(AGOSTO 2010)

La Estrategia puede y debe consistir en el arte de operar correctamente. Es la elección del modo correcto de operar en situaciones conflictivas. La Estrategia supone la presencia de voluntades hostiles entre grupos (sociales o políticos) organizados para la acción. Hay estrategia donde previamente hay una dialéctica de voluntades hostiles.

Solemos denominar guerra –en ocasiones también revolución o de manera muy genérica, conflicto- a la dialéctica de voluntades hostiles entre grupos sociales organizados que no encuentran en el riesgo evidente de una confrontación de grandes dimensiones y de sangrienta solución, motivo suficiente para evitarla.

Lo primero que encontramos unido al concepto de estrategia es el denominado Arte operacional. El Arte operacional supera en amplitud y en profundidad a dos ciencias (habitual y originariamente) consideradas militares (o castrenses) la Táctica y la Logística

Es Táctica, el arte (o la ciencia) habilitada para disponer, mover y emplear en un campo abierto (o teatro de operaciones) las unidades (o los medios) de combate, teniendo en cuenta misión (o finalidad), terreno (o espacio natural), enemigo (o rival) y la proporción de medios disponibles para los dos bandos (o ejércitos).

Es Logística, la ciencia que posibilita la efectividad de los recursos, tanto en términos de cantidad como de calidad. Se expresa en la obtención y en la distribución de medios a las unidades.

Ahora bien, las nociones (muy próximas en el punto de partida) tanto del arte operacional como de la estrategia operativa no nos deben hacer olvidar que táctica y logística son deudoras de los medios para combatir allí donde la noción de estrategia se refiere a los modos de operar.

La Estrategia es el arte de concebir planes de operaciones que habrán de ser coherentes con la finalidad política que se pone en juego. Estos planes pueden ser utilizados o seguidos tanto para la acción como para la disuasión. El arte del estratega luce más cuando confía más en los resultados de una mera demostración de fuerza que en el uso de la fuerza.

De aquí que también sea estrategia el arte de conducir las unidades efectivamente reunidas bajo una autoridad hacia el objetivo que se considera decisivo. Queremos decir, hacia el objetivo cuya conquista produce una solución favorable de la situación dada.

Podríamos entender al concepto de decisión de otras tres maneras. La decisión, como propósito político del director de la guerra, abierta o declarada; la decisión, como designio estratégico del conductor de las operaciones en curso y la decisión, como resolución táctica de los mandos de las grandes unidades terrestres, navales o áreas en presencia.

Pues bien, lo más característico de cada estrategia está en el designio que elige como suyo el conductor de operaciones.

Estrategia es un vocablo de origen griego que sugiere una construcción por estratos, una formación por capas superpuestas. Algo que se debería mover (sin verse desordenado) en una concreta dirección. El estratega es el conductor de la operación en curso. O mejor aún, el guía del curso de las operaciones.

La Estrategia, como ciencia largamente experimentada por los ejércitos y por las marinas de guerra, es lo que determina el modo correcto de operar frente a los propósitos hostiles de un adversario declarado.

La Estrategia, como arte que brota en la historia sólo en algunas personas bien dotadas, es el resultado concreto de una dialéctica de voluntades hostiles entre los grupos sociales organizados que no encuentran en el riesgo de una empresa motivo suficiente para evitarla.

De la Estrategia se ocupan, en teoría, los notables tratadistas de la acción colectiva que sucede en una atmósfera conflictiva o polémica. De hecho, también se ocupan de estrategia los grandes capitanes situados al frente de las formaciones de combatientes en tierra, mar o aire.

La Estrategia es el arte de concebir planes de operaciones coherentes con todas las finalidades propias de una colectividad, -las políticas, las sociales, las económicas, las judiciales etc... También convive con las confrontaciones electorales y con las competiciones deportivas. El estratega concibe planes de operaciones para los efectivos humanos que habrán de ser conducidos hacia los objetivos decisivos (o quizás vitales) de una comunidad en riesgo o en peligro.

La racionalidad del estratega se mide por su acuerdo con las enseñanzas de unos teóricos, los notables tratadistas, del fenómeno guerra (o de otros fenómenos análogos a la guerra) y por su armonía con las tareas de los conductores de las operaciones que hemos convenido en llamar los grandes capitanes.

El estratega no es el director de la guerra, función que corresponde al titular del poder político. El estratega es el conductor de las operaciones, que ésta es la función que le

define. El estratega no es el mando de las unidades en presencia, función que corresponde al jefe táctico y logístico, que es quien sabe manejar mejor los medios. El estratega es un mediador entre la Política y la Táctica.

En todo comportamiento colectivo hay fins, que conviene calificar de políticos, modos, que conviene denominar estratégicos y medios, que conviene llamar de fuerza (o militares). Los fines, se expresan en la forma de propósitos. Los modos, se expresan en la forma de planes (queremos decir de razones para operar). Los medios, se expresan en la forma de sentimientos que ayudan para luchar. El propósito político, exige que se concrete esta doble secuencia: un designio estratégico y una resolución táctico-logística. Es precisamente el carácter resolutivo, resuelto y decidido que ha de tener el empleo de los medios lo que explica que estemos hablando de sentimientos en este último o tercer nivel, el operativo, del arte de luchar o de guerrear.

El fin político, entendido como propósito de la voluntad, entra por el oído, es palabra. Y es, si fuera discutido, debate. El modo estratégico, entendido como designio de la razón, entra por los ojos, es visión. Y es, si fuera dibujado, un panorama. El medio táctico, entendido como resolución, entra por el tacto de las manos, es contacto. Y es, si fuera medido, esfuerzo: una comparación o un choque de fuerzas efectivamente presentes en el teatro de operaciones.

La Estrategia llena una esfera de conocimientos que no coincide con el de la Geopolítica ni aún convirtiéndose en Geoestrategia. Estrategia, Geopolítica y Geoestrategia tienen en la historia de las ideas diferentes comportamientos. Hay una evolución del pensamiento estratégico, una evolución del pensamiento geopolítico y una evolución del pensamiento geoestratégico. Lo que ocurre es que, mientras la Estrategia es ciencia muy antigua, formada ya en la Antigüedad Clásica, la Geopolítica no se desglosa de ella hasta finales del siglo XIX y la Geoestratégica no lo hace hasta comienzos del siglo XX.

Cabe, pues, seguir este proceso para su conocimiento riguroso.

- 1º.- Definiciones
- 2º.- Clasificaciones
- 3º.- Grandes maestros
- 4º.- Escuelas y Teorías

Una primera diferencia, que el estudioso de las realidades supranacionales, nacionales e intranacionales tiene que establecer para no perderse en meras conjeturas, es la que existe entre un notable tratadista y un gran capitán.

El tratadista escribe textos bien capitulados, lógicamente, concluyentes sobre los problemas de la guerra y de la paz. El capitán general en jefe (comandante general de las operaciones en curso o en proyecto) se hace cargo de las operaciones en curso frente a lo que se le opone o resiste. Uno, es un hombre teórico de pensamiento. Otro, es un práctico, un jefe de carácter, útil para la acción arriesgada.

El balance histórico arroja dos listas diferentes. Quizás, en algún caso (Federico II, Napoleón) una persona misma, que disfruta de un poder político, aspire a estar en las dos relaciones. Pero no es ésta la cuestión que debe atender el estudioso. Dirigir la guerra no es lo mismo que conducir operaciones.

1.- CONCEPTO DE ESTRATEGIA

Una vez deslindada la noción de Estrategia de la zona conceptual donde se encuentran la táctica y la logística (militares) también conviene separarla del espacio por donde se mueven los propósitos del poder (político) que es también el ámbito de la ética social.

La Estrategia recibe de la Política, directamente (y de la Ética, indirectamente) lo que habría de considerarse norma de obligado cumplimiento por estar íntimamente vinculado con el fin (la finalidad, el proyecto, el propósito de la acción de la acción. La Estrategia opta entre varios modos de satisfacer fines. Estudia ventajas e inconvenientes en términos dialécticos. Y aunque no los elige, sino que los propone en determinado orden de preferencia, siempre queda claro que la Estrategia se limita a responder precisamente de la racionalidad (o coherencia) del modo (militar) propuesto para operar por el poder (político).

Por analogía, podrá hablarse en otros ámbitos de lucha (no precisamente de lucha armada) de varios tipos de estrategia según en cada uno los predominan fines políticos, sociales, económicos, judiciales, deportivos, comerciales, electorales o de éxito personal. Pero en la línea creciente de complejidad que contiene el tríptico “estrategia, geoestrategia y geopolítica” conviene reducir el panorama a la situación relativa de dos poderes en presencia con pretensiones hegemónicas, sean éstos las grandes potencias o las coaliciones nutricionales con potencias medias o menores.

La introducción del prefijo geo tanto en la idea de estrategia como en la idea de política marca un proceso de modernización. Incluso de mundialismo, de ecumenismo, de universalismo y de globalización, fenómenos tan característicos de la denominada postmodernidad. Seguir esta evolución conceptual a lo largo del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX es una tarea apasionante, si bien nos debe ser tan apasionada que nos haga olvidar lo que ha venido siendo la noción misma de estrategia en los tiempos modernos.

Cinco proposiciones nos permiten penetrar en el concepto clásico de estrategia asumido por la modernidad en Occidente.

- El objeto de la estrategia es el decir de un quehacer.
- La forma de la estrategia consiste en la lógica de la acción ya propuesta o emprendida.
- La materia de la estrategia se percibe como el arte de la distancia, mejor que como el arte de resolver victoriosamente el contacto con el enemigo.

- La estructura interna de la estrategia en proyecto se hace patente en la rigurosa comparación con el plan de operaciones del adversario.
- El contenido profundo de la estrategia en curso se muestra (o se demuestra) en la adecuada conducción de los ejércitos sobre el espacio (o zona de las operaciones) hacia el objetivo final.

Seguir la evolución de las ideas estratégicas vigentes en cada periodo histórico puede tener interés. Para una primera aproximación nos sirven los grandes capitanes de la historia universal acreditados desde la antigüedad a la que llamamos clásica. Valen también, los notables tratadistas que nos ofrecen las interpretaciones de las convulsiones bélicas más seguidas de consecuencias para la humanidad. Finalmente, son válidos los intérpretes del devenir de los tiempos que diseñan las cosmovisiones nacidas en torno al uso intencionado de la violencia de las armas. Todos estos estudios engendran erudición y aportan conocimientos.

De momento, es oportuno marcar un desplazamiento en la adjetivación del fenómeno estratégico generado por la envergadura de los sucesos bélicos y de los acontecimientos militares. Según este horizonte encontraremos (yendo desde lo simple hasta lo complejo) estas ocho denominaciones:

- 1.-Arte operacional
- 2.-Estrategia operativa
- 3.-Estrategia conjunta
- 4.-Estrategia general
- 5.-Estrategia combinada
- 6.-Estrategia total
- 7.-Gran estrategia
- 8.-Estrategia global

Estas ocho denominaciones nos permiten situar en una sólo escala a la mayoría de los estudios estratégicos actualmente a nuestra disposición. En el origen, predominó lo militar (castrense, bélico o guerrero). En el desenlace, lo civil (político, internacional o geográfico) tiene mayor incidencia.

1.-El arte operacional, tradicionalmente, se clasifica en terrestre, naval y aéreo. Es el área predilecta del militar estudioso de carrera.

2.-La estrategia operativa se centra en el curso de operaciones de duración media donde son imprescindibles las campañas, descritas, una a una, con vistas a las batallas que luego se consideran decisivas.

3.-La estrategia conjunta subraya que están, presentes y coordinados, efectivos militares de tierra, de mar y de aire cuando no unidades espaciales.

4.-La estrategia general incorpora ayudas y apoyos de la población civil aunque no alcance la incorporación de fuerzas auxiliares o de tropas irregulares. Incorpora al discurso consideraciones ideológicas, económicas, sociales, psicológicas, etc.

5.- La estrategia combinada se lanza al amplio océano de las alianzas internacionales entre Estados Soberanos, allí donde el reparto de cometidos adquiere una notable complejidad.

6.- La estrategia total (o mejor totalizadora) se refiere a una indebida absorción de lo político por el fenómeno de la hostilidad de todas las energías del hombre. Su precedente es la nación en armas (la movilización general del país para la guerra. Insinúa el concepto de guerra revolucionaria (o subversiva) desde la realidad de una guerra total (o absoluta).

7.- La estrategia global culmina la transformación en una estrategia clásica de geoestrategia. Previamente, los tratadistas optaron por el término Gran Estrategia para referirse a ella.

8.- Las ideas estratégicas vigentes en cada época (o en cada periodo histórico) en cada territorio (poblado y políticamente organizado y en cada coyuntura particular de una comunidad de hombres libres, han ido siendo sustituidas y relevadas por otras nuevas. Hoy estamos frente a una Estrategia global.

Hay, pues, en la historia contemporánea muchos casos de relativa estabilidad en una postura y algunos casos de crisis acelerada. Lo más interesante aparece en los cambios de época habidos por razones de cultura. Lo que entraña también la presencia de invenciones técnicas.

Una coyuntura de cambio muy rica de enseñanzas estratégicas fue el Siglo de Pericles en Grecia. Otra, la gran etapa de las guerras de César contra Pompeyo. Una bastante significativa el otoño de la Edad Media y el Renacimiento. Otra más decisiva, la caída de la Casa de Habsburgo padecida ante el Siglo de las Luces. Más aún, las campañas de Napoleón. Y la Europa entre las dos Grandes Guerras del siglo XX. Lo que sea propio de la llamada postmodernidad queda por ver. De momento hay en ciernes un predominio de las estrategias verdaderamente indirectas como las que utilizan las técnicas del terrorismo supranacional o transnacional en su beneficio. Estamos ya en un nuevo horizonte que es el de la globalidad.

2.- NIVELES Y MODELOS ESTRATÉGICOS

La elección del modo correcto de operar puede hacerse desde distintos niveles de autoridad. Bien desde el más alto; bien desde uno de los intermedios o bien, desde aquel que sea capaz de tomar decisiones que sólo obliguen a un conjunto de unidades, aún siendo éste muy reducido.

Cuando se elige actuar en fuerza desde el poder del Estado a lo que resulta se ha solido denominar Plan de Guerra. Al Plan de Guerra le sigue un Plan de Campaña y consiguientemente, unos Planes de Operaciones. Las coaliciones y las alianzas (más o menos estables) también acaban disponiendo de planes de guerra, de campaña o de operaciones cuando ya tienen definido a su enemigo (potencial o real).

El concepto de <<gran estrategia>> ha sido utilizado para expresar este alto nivel político de decisiones en la historia bélica de las grandes potencias occidentales, al menos en estas cuatro situaciones, sobrevenidas una vez estuvo cerrada la experiencia del Imperio de Napoleón Bonaparte.

- la Guerra de Secesión norteamericana (1863)
- la Guerra franco-prusiana (1870)
- la Gran Guerra europea (1914)
- la Segunda Guerra Mundial (1939)

La espectacularidad de estos cuatro acontecimientos no oculta la co-existencia de otros episodios bélicos que nos parecen de menor transcendencia, tales como todos los ocurridos en los Balcanes y en la dura resistencia a los empeños colonizadores de Asia y de África de finales del XIX por los grandes Estados de Europa con mentalidad geoestratégica.

El pensamiento estratégico occidental se ha detenido en las situaciones donde mejor se revela una evolución modernizadora. Ha intentado desentrañar si el cambio se produce en la tecnología propiamente dicha, en las ideas políticas o en las doctrinas socioeconómicas. Pero, en líneas generales, ha destacado el talento de los directores de aquellas guerras y el carácter de sus más afortunados conductores de operaciones.

Cabe concluir que se fueron dando hasta tres niveles de observación del fenómeno de las grandes guerras habidas entre los siglos XIX y XX, el político, el estratégico y el táctico-logístico.

El nivel adecuado para la observación de una Gran Estrategia resulta ser el nivel político. Depende de la voluntad de los grandes Estados por enderezar hacia su victoria todas las energías disponibles. Hablamos entonces de que la estrategia sea total, grande o global. El analista deberá conectar al dirigente de la primera de las potencias aliadas con los generales y los almirantes en quienes se deposite el mando. De su relación se desprenderán unas decisiones concretas para neutralizar (o destruir con el mínimo daño propio) al potencial militar del enemigo.

Se hablará entonces del acuerdo (o de las tensiones) del Presidente Lincoln con los generales Grant o Sherman, del Canciller Bismarck con el general Moltke, del Kaiser Guillermo con Hindenburg o Lüdendorf, del Gobierno de S.M. Británica con el general francés Foch, del Führer con Manstein, Halder o Rommel, de Churchill con Montgomery, de Stalin con Zukof con de Roosevelt y Truman con Eisenhower y Mac Arthur.

Pueden reconsiderarse, por debajo de estos poderes supremos, lo que va ocurriendo en escenarios estratégicos más concretos y de menor duración. Por ejemplo la historia de Roosevelt en sus relaciones con Eisenhower y Mac Arthur antes de que le sucediera en la Presidencia de los Estados Unidos, Truman y hubiera guerra en Corea.

La historia militar, naval y aérea suele detenerse en un segundo nivel de observación donde importan mucho las maniobras, los movimientos, las confrontaciones en fuerza, los esfuerzos bélicos etc...

Es el nivel puramente estratégico donde queda dado el menor peso de las concepciones políticas. Las derrotas y los triunfos de los primeros periodos de operaciones de las dos guerras mundiales están en este nivel. Lo que se subraya es la capacidad operativa, la sorpresa táctica o la calidad técnica en el empleo de la fuerza, el grado de iniciativa de los mandos superiores y las dotes de organización de los Estados Mayores.

Todavía es posible elegir como suficiente para el análisis un nivel más bajo de contemplación válido para las acciones de las unidades combatientes. Es el nivel preferido desde el punto de vista militar. Aquí se nos dará la impresión de que las resoluciones de los mandos son autónomas y de que los resultados se derivan de la moral de combate quienes ejecutan las órdenes. No interesa demasiado la valoración de las intenciones de los gobernantes ni la lucidez de los planes en curso. Gana el mejor a partir del choque desencadenado por la dinámica de las acciones sobrevenidas.

Este es el nivel, todavía estratégico, pero de inspiración táctica. Más que la información a distancia o estratégica (general o conjunta) importa la información de contacto. Las resoluciones tácticas, alimentadas desde una logística de campaña, garantizan avances sobre el terreno o provocan las capitulaciones de quienes queden embolsados. Del arte operacional y de la estrategia operativa es de donde deberán sacar fruto. El gran estratega y el dirigente político (que están detrás de los mandos militares) se ponen a la espera del signo favorable de las confrontaciones realmente producidas en la zona de combate.

Es lo que encontramos como doctrinarismo en los tratados de Jomini y de Clausewitz. Hablan de pequeñas guerras, de incursiones, de infiltraciones, y del valor militar de pasos o de desfiladeros entre las montañas. Pero lo decisivo es la batalla, la batalla decisiva. Las teorías de la época del generalísimo Ferdinand Foch (1917-1918) estaban elaboradas con base en los oportunos movimientos del núcleo de la masa principal de maniobra de los aliados frente a los Imperios Centrales. Cien años separan a Jomini de Foch, pero ambos poseen idéntica estructura mental.

Ahora bien, treinta años más tarde del Tratado de Versalles, los tratadistas de la Segunda Guerra Mundial se verán forzados a incluir en sus reflexiones el modo de razonar de los líderes civiles en guerra (Hitler, Stalin, Churchill, Mussolini, Roosevelt etc...). Lo que se pretende dilucidar y aclarar ahora es la dirección de la guerra, por encima de la conducción de las operaciones, dejando muy en segundo plano al mando de las unidades en presencia, que sigue a cargo de generales y almirantes presentes en la zona de operaciones.

Con todo, siempre será posible revivir trances que nos devuelvan a lo que en 1918 se creía rebasado por el transcurso del tiempo. El retorno a un relativo primitivismo, sea

para emprender una lucha a muerte o para soportar una guerra irregular sin simetrías operativas, ha sido posible en pleno siglo XX tanto en las guerras europeas de liberación, como en los procesos afroasiáticos de descolonización, sin excluir a las inestabilidades internas de los Estados embrionarios o fallidos de finales del segundo milenio de la era cristiana.

Todas estas consideraciones han provocado en los analistas afirmaciones divergentes sobre la naturaleza actual de los problemas estratégicos. Se ha ido más allá de la demasiado sencilla clasificación en sólo tres niveles de contemplación, -el nivel político, el nivel propiamente estratégicamente y el nivel táctico. Y se ha creado una atmósfera de confusión en torno a las nuevas amenazas y a los nuevos riesgos que convendría fueran superados. He aquí un posible recorrido del proceso de reflexiones sobre los contenidos estratégicos:

1.-El tratadista militar francés Bonal se conformaba con separar a la Estrategia, (como arte de concebir operaciones) de la Táctica (como arte de ejecutar combates).

2.-El tratadista militar prusiano aceptaba que la batalla decisiva fuera el centro de gravedad de la estrategia donde había que ganar las guerras. La táctica en sí misma carecía de valor si no era referida a la estrategia por sus grandes resultados y ésta si no era referida a lo político.

3.-El tratadista militar británico Liddell Hart subrayará mucho más la presencia determinante de la finalidad política en la elección del modo indirecto de operar que lo exigible en la acción directa clásica o tradicional de Bonaparte.

4.-El tratadista francés André Beaufre, después de 1945, limitará más aún la estrategia operativa al arte de ejecutar los designios políticos. Y abrirá su reflexión, todavía propia de un militar de los años centrales del siglo XX, al concepto de disuasión

Y así la atención de otros muchos tratadistas, civiles y militares, pondrán la atención en el concepto de disuasión durante los largos decenios que hemos llamados de la Guerra Fría. El concepto de la mejor estrategia no es vencer al enemigo, sino disuadirle de la lucha armada.

No obstante, si detenemos el reloj en la fase inicial de la Guerra Fría, tanto en el trazado del telón de acero en un mundo bipolar como en la pretensión de un nuevo Orden mundial (que se acerque a la sociedad sin guerras, y a la sociedad del bienestar) entonces, el estado de la cuestión quedaba aceptablemente expresado con el estudio pormenorizado de los modelos estratégicos más cargados de prestigio en aquel preciso momento.

Y es que la palabra estratégico nos define, -como enseñaba el general francés Ailleret al iniciarse la guerra fría -“un nivel desde el que examinar o tratar las cuestiones relativas a la guerra, ya sean las referidas a su dirección, o su preparación. O a la utilización con fines políticos de las situaciones que de ella resultan. O a la disuasión que su amenaza puede originar entre los posibles adversarios”.

Muy cerca de Ailleret, el también general francés Beaufre había insistido en dos observaciones. Una muy elemental, “Estrategia, arte de la dialéctica de voluntades, es también arte de emplear la fuerza para alcanzar los fines de la política. Otra muy gráfica. “Hay una pirámide de estrategias distintas e independientes”. Es la idea que pluraliza los modelos estratégicos por encima de lo que era habitual en el año 1939.

Para valorar a los conductores de grandes operaciones a lo largo de la historia universal, en todas las culturas y civilizaciones, antiguas o modernas, se tomaban en cuenta las preferencias del poder constituido (o de los mandos militares) respecto a varios modelos estratégicos. Pero actualmente la variedad de modelos es mayor que nunca lo había sido.

La mejor distinción radica en saber si el modelo elegido lo es para la acción o para la disuasión. La acción incluye uso de la fuerza armada. La disuasión prefiere la mera presencia de la fuerza.

Una vez marcada esta diferencia, que tiene mucho que ver con la efectiva ruptura de las hostilidades (para la estrategia de la acción) y con el mantenimiento de un cierto orden de seguridad (en la estrategia de la disuasión) habrá que entrar en otras dos distinciones: una basada en fines y otra en medios. Queremos decir, bien en la naturaleza de cada finalidad o bien en las cualidades de los medios militares que se ponen a prueba.

Por los fines, un modelo estratégico puede ser o hegemónico (lo que sugiere una conquista) o autonómico (lo que sugiere una resistencia). Al primero, le corresponde una actitud ofensiva. Al segundo, una actitud defensiva. Cabe, durante un tiempo, que se disimule la actitud predominante. Pero finalmente la verdadera finalidad se hace clara al estudiar las operaciones en curso.

Por los medios, un modelo estratégico puede estar marcado por la posibilidad de servirse de lo técnicamente especializado o por la posibilidad de recurrir a la ley del número (a la movilización general del país para la guerra). En definitiva, por la búsqueda de calidad o por el recurso al número (cantidad).

La historia universal, si se analiza con especial atención en los tiempos modernos y contemporáneos, distingue en sus reflexiones sobre las estrategias realmente aplicadas, hasta estos ocho tipos (o modelos) de estrategias posibles:

- 1.- La acción directa.
- 2.- La aproximación indirecta.
- 3.- La agresión indirecta.
- 4.- La lucha prolongada.
- 5.- La presión directa.
- 6.- La insurrección armada.
- 7.- La disuasión convencional.
- 8.- La disuasión nuclear.

Los historiadores militares, en particular, asignan, unos precisos nombres propios a estos ocho modelos, cuando encuentran un dirigente político que coseche con uno de ellos (aunque sea sólo durante un periodo limitado de tiempo) éxitos o avances espectaculares. En todos los casos, podrían aportarnos antecedentes más históricos lejanos. Pero ahora prefieren razonar sobre las situaciones recientes cuando tratan de estrategia, de geoestrategia o de geopolítica. Es decir, cuando se comportan como tratadistas militares o civiles.

Las ocho posturas reconsideradas son modelos estratégicos contemporáneos de inspiración política. Son modelos de alto nivel y se cargan algún contenido de alma totalitaria. La totalidad, la grandeza y la globalidad de los ocho modelos no está igualmente lograda; pero todos quieren ser tomados como modelos definitivos (o como preferentes) para resolver la actualidad sobrevenida como grave conflictividad.

1.- El modelo de la acción directa está señalado por la figura de Napoleón Bonaparte, sobre todo a partir de la concentración de poderes en su persona en el quicio del 1800.

Corresponde a una situación en la que la parte que inicia las hostilidades –el Imperio de Francia- se sabe fuerte y poderosa; reclama como vital para ella un objetivo territorial, al que se dirige con potentes medios militares para ocuparlo.

No reconoce limitación alguna para su despliegue. Normalmente invade con su actitud ofensiva aquel territorio y al busca librar una batalla decisiva en el centro de gravedad de las operaciones. Si gana pronto, impone, al instante, las condiciones nuevas de paz.

Entre los tratadistas Jomini y Clausewitz dejarán descrito lo esencial del modelo que es el ha gozado del prestigio máximo en las Escuelas de Guerra del ámbito occidental entre 1815 (Waterloo) y 1944 (Normandía).

2.- El modelo de la aproximación indirecta lo tenemos asimilado al modo británico de combatir en tierra. En realidad, es una réplica inteligente y metódica a la estrategia de la acción directa. Para poner un buen ejemplo se elige a Lord Wellington en la Guerra Peninsular pero podría hacerse con otros conductores anglosajones de operaciones, destacados en las dos Guerras Mundiales hasta llegar a Montgomery, por ejemplo.

La denominación procede de Basil Liddell Hart. Corresponde a una situación en la que el actor principal que adopta el modelo, actúa pendiente de ir alcanzando mayores capacidades. De momento tiene intereses útiles y elude chocar con los intereses vitales del enemigo. Finalmente, -sólo finalmente- concentra sus efectivos en una batalla decisiva.

La fuerza ajustada a este modelo es originariamente expedicionaria y tiene la base de operaciones en territorios naturalmente seguros, - en un archipiélago, en una península, o detrás unas barreras montañosas. No tiene prisa por ganar, pero sabe cómo no perder inmediatamente sus efectivos de victoria.

3.-El modelo de la agresión indirecta es una variable del anterior. Corresponde a una situación sin declaración formal del estado de guerra, en la que juega como muy influyente la amenaza de intervención de un tercero muy poderoso que desequilibrará a las partes en conflicto con su mera presencia cerca del escenario actitud vigilante.

Los contendientes iniciales no son Estados consolidados. Son poderes tradicionales muy débiles, con enemigos internos. La disputa lo es por intereses útiles y se carece de prisa para ganar. Bastará con invertir las simpatías y formalizar nuevas alianzas a lo largo de un proceso para que se vislumbre un vencedor.

Se aprovecha de entrada de una tolerancia internacional para el empleo de pequeños efectivos con fines de efectivos de instrucción, de asesoramiento y de apoyo. Nadie desarrolló tanto el modelo como Lawrence de Arabia en el periodo entre dos guerras ya en el siglo XX y en el área del mundo islámico. El enemigo a batir era el Sultanato de Turquía, como posible aliado de los Imperios Centrales en una segunda confrontación europea a muerte.

En realidad, hay latente, para este modelo de estrategia en el actor principal, una ideología neocolonialista, -en ocasiones expresadas con suma discreción. Y hay patente en el otro actor un presunto tipo de enemigo de la modernidad del Estado. El modelo, quiere arrebatarse a este adversario potencial su área de influencia.

4.-El modelo de la lucha prolongada se deriva de algún modo del concepto mixto de guerra irregular, de guerra de movimientos y de guerra de guerrillas. Tiene grandes antecedentes europeos en la Península Ibérica (Independencia, Guerras civiles del XIX etc...), en el Tirol y en los Balcanes etc... También entre los rusos blancos levantados contra Lenin en 1917 se apeló al modelo de la mayor duración de una manera insuficiente para que alcanzara éxito.

Corresponde a una situación relativa de fuerzas en la que una de las partes (inicialmente muy débil o políticamente muy debilitada por una quiebra del poder establecido) busca azarosamente la supervivencia de su objetivo vital con medios escasos y sin armamento especializado.

No reconocen al actor que activa este modelo apenas limitaciones al empleo de la sorpresa y de la violencia súbita. Precisa a un ambiente popular, urbano o rural de apoyo hasta límites insospechados por el ejército enemigo al que llaman de ocupación. Fue así la larga marcha de Mao Tse Tung, la que extendió por el mundo entero el aprecio a este modo de combatir. Se plantea algunas veces como lucha de liberación nacional y otras, como proyecto revolucionario de la estructura social. Piénsese en 1934 y quizás en 1949 en Corea del Norte como fechas críticas.

5.-El modelo de la presión directa tiene otras connotaciones también muy peculiares por cargadas de hecho de ideologías que suelen ser ultranacionalistas. Corresponde a una situación nueva en los años veinte del siglo XX, en la que un poder político recién constituido asume grandes reivindicaciones territoriales. Se intenta legitimar en la

obligada de grupos étnicos afines que viven en el territorio del adversario con fuertes sentimientos de ser (o de estar siendo) las víctimas de una injusticia con dimensiones históricas.

No utiliza la declaración formal del estado de guerra, sino el manifiesto y el ultimátum. La fuerza armada presente (infiltrada o invasora de territorios vecinos) toma aspectos de ser la policía de un régimen exaltado en expansión que acude a liberar al grupo étnico que en su teoría es el único sector esclavizado,

La realidad inquietante de este modelo la fue revelando en los años treinta el Führer alemán Adolfo Hitler. No es exactamente el mismo modelo de sus planes de guerra dirigidos por él hacia Occidente y hacia Oriente, del año 1939. Es el modelo nacional-socialista del que precede al estallido de la Segunda Guerra Mundial con la operación Anchluss para la anexión de Viena.

Los objetivos donde operar se exigen uno tras otro. En los textos de estrategia de postguerra se les llaman hojas de alcachofa o rodajas de <<salami>> o salchichón. Es la estrategia que sirvió para que recuperara aquella Alemania, la Renania; para hacerse con el territorio de Austria y reclamarle a Polonia el pasillo de Dantzing etc.... En teoría, se describe en algunos textos clásicos de Tucídides y de Maquiavelo. De hecho, lo utilizó Federico el Grande para anexionarse Silesia en el siglo XVIII (en los años centrales).

6.-El modelo de la insurrección armada corresponde a una situación conflictiva y recíproca entre dos poderes de carácter interno o social, uno público y otro clandestino. Es una lucha de clases-. No apela al principio de las nacionalidades, ni a las coaliciones de naciones amigas (permanentes o circunstanciales) contra un enemigo común. Apela a la conciencia proletaria de ser o de estar el actor siendo (un actor principal en ciernes) la clase esclavizada o servil de una sociedad estamental que debería desaparecer.

El modelo de la insurrección armada –también llamado de la subversión social- no puede improvisarse. Viene de una cauta inteligencia sobre la situación que es la propia del partido clandestino. Este tiene un plan que se delatará sólo si se dan condiciones objetivas favorables para llegar a la protesta generalizada. Exige que llegue su hora, -una coyuntura revolucionaria.

Es un planteamiento radicalmente asimétrico. El poder establecido se sabe limitado y se siente responsable que de las víctimas que se le produzcan en graves disturbios. El poder oculto se presenta como titular único de un espontáneo afán de justicia. Y lo hace, frente al abuso de los que gobiernan desde siempre; sólo opera si se ha logrado ya hacer insoportable la situación para mucha gente.

El modelo estaba trazado por Lenin (y perfeccionado por Trosky) antes de la Gran Guerra; pero su eficacia llegó después del triunfo de Lenin y de su llegada al Kremlin. Lo más palpable del trance es la creciente dificultad de empleo por parte del Estado envejecido de las fuerzas armadas regulares, ya que carecen del enemigo antiguo, (el

exterior a los ideales e intereses patrios) que el antiguo régimen pretendía considerar suyos. Los procesos de descolonización del Tercer Mundo vienen optando por este modelo desde 1945. Aunque cuando derriban del poder a una oligarquía local o nacional, lo hace con una ideología supranacional.

7.-El modelo de disuasión convencional es la deriva lógica de una política anterior de mera defensa nacional de costas y de fronteras. Corresponde a una situación en la que la decisión de obtener ventajas para el bienestar propio, sin apertura de hostilidades (mediante una neutralidad armada) se quiere lograr (mediante la demostración de fuerza) siempre y sólo respecto a unos intereses útiles. No se habla de objetivos vitales; sólo de obtener ventajas en el bienestar para la propia comunidad política.

Hay en la historia contemporánea una variable suiza (de pura contención de los adversarios en sus fronteras) y una variable francesa (o británica), compatible con la ampliación de sus viejos protectorados. Sirve también para enfrentarse con la resistencia sobrevenida contra una administración metropolitana en un espacio ya colonizado. Los generales franceses Bugeaud, Gallieni y Lyantey (en línea con el británico Kitchener) realizaron (en territorios administrados por las grandes potencias) análogas demostraciones de fuerza contra la población aborígen, disuadiéndola de su alzamiento en armas.

El Ejército, la Marina y la Aviación pasan del apoyo al ejercicio de una administración colonial (o de protectorado) a la expedición de castigo (o punitiva) haciéndola con fuerzas indígenas regularizadas para este fin puestas a sus órdenes.

El modo estratégico de operar de estas expediciones de castigo hizo crisis después del año 1945 al ser rechazado por los Estados Unidos –crisis del canal de Suez. Pero también hizo crisis entre los miembros de la Alianza Atlántica al ofrecérsele una alternativa, desde el concepto de armas de destrucción masiva (Guerra Fría), -crisis de los misiles con base en Cuba.

8.-El modelo de la disuasión nuclear corresponde a una situación bipolar, que quizás podría ser prolongada en la forma de Guerra Fría, en la que las dos partes del conflicto (poderosas en sus dos actores principales) se prohíben avances y gestos a favor de la ampliación de sus zonas de influencia en la superficie de toda la tierra. Lo hacen mediante la evidente amenaza de empleo de sus armas de destrucción masiva. Corresponde a la denominada política de bloques sólo en relativo equilibrio.

El posterior mantenimiento del discurso de la mutua disuasión se hace vital. Hay, primero, una disuasión mínima, con Charles De Gaulle; luego, una disuasión tipo represalia masiva con los presidentes Harry Truman y Eisenhower; y más tarde una disuasión tipo respuesta flexible con John F. Kennedy que toleran finalmente una reducción de fuerzas convencionales y un control del armamento nuclear por parte de las Naciones Unidas.

Habrán en la esfera del razonamiento estratégico grandes maestros de la estrategia nuclear (británicos, norteamericanos y franceses además de los rusos soviéticos). Y

habrá más tarde grandes nombres (civiles y militares) implicados en el mismo razonamiento disuasivo (como Raymond Aron, Henry Kissinger y Lawrence Freedman).

Lo que tiene de espectacular el último planteamiento de la Gran Estrategia es que nos ha metido de lleno en la Geoestrategia pasando previamente por la Geopolítica. Porque la inicial fama de los geopolíticos, precede a la posterior fama de los geoestrategas en un cuarto de siglo nada más.

Los textos que a continuación se citan por orden alfabético de autor están centrados en el concepto de estrategia tal como ha venido siendo entendido en el periodo que va desde las campañas napoleónicas a la apertura de la Guerra Fría, es decir, durante un siglo y medio de duración.

ALONSO BAQUER, Miguel.- ¿En qué consiste la estrategia? Publicaciones del Ministerio de Defensa. Madrid (1999).

ARANDA MATA, Antonio.- El arte militar. Edersa. Madrid (1973).

BEAUFRE, André.- Disuasión y Estrategia. Editorial Pleamar. Editorial Rioplatense. Buenos Aires (1980).

BORDEJE MORENCOS, Fernando de.- Diccionario militar, estratégico y político Guía para el lector. Editorial San Martín. Madrid (1981).

CASTEX, Almirante.- Teorías estratégicas. Escuela de Guerra Naval. Madrid (1965).

COLLINS, John.- La gran estrategia. Príncipes y prácticas. Circulo Militar. Buenos Aires (1975).

JOMINI, Henri.- Compendio del arte de la guerra.-

LACOSTE, Pierre.- Estrategias navales del presente. Ediciones Ejército. Madrid (1987).

MEAD, Early E.- Los creadores de la estrategia moderna

LAWRENCE, Thomas.- Los siete pilares de la sabiduría.

LIDDELL HART, Basil.- La estrategia de la aproximación indirecta. Iberia. Joaquín Gil Ediciones. Barcelona (1946).

POLRIER, Lucien.- Las voces de la estrategia. Servicio de Publicaciones Ejército. Madrid (1987).

ROSO LLUICH, Vicente.- Elementos del Arte de la Guerra. Ministerio de Defensa (1996).

3.- CONCEPTO DE GEOESTRATEGIA

La utilización del concepto de Geoestrategia en las reflexiones militares es algo que revela un alto grado de modernidad en los modos de pensar. Pone en contacto unas escuelas de pensamiento (sobre el espacio) con unas teorías estratégicas (sobre el poder). Las escuelas especiales de pensamiento toman posturas sobre la necesidad del dominio del territorio. Según las teorías en auge, hay (primero) una política exterior de inspiración geográfica y (segundo) una estrategia de concepción militar a su servicio.

Lo más moderno será el urgente estudio de la impronta del Estado en la ordenación del territorio. Habrá, entonces, un conocimiento riguroso de lo que permanece y dura bajo una soberanía concreta, -sea una ciudad-estado; sea un reino; sea un imperio o

un estado nacional- cuya marca está en el trazado de las fronteras terrestres y del espacio aéreo y de los límites de las aguas territoriales en términos cartográficos.

Para este nuevo tipo de geógrafos, -una versión modificada de los geopolíticos- las potencialidades relativas de cada Estado y de cada coalición de Estados son físicas, humanas y económicas. Y el cambio político viene de unos datos demográficos (o simplemente económicos) que actúan como indicios del inminente relevo en el liderazgo mundial. Este, como el vuelo de las águilas imperiales, se posa en unas zonas o en otras según el signo de los tiempos.

Cada Geopolítica cuenta con una Geoestrategia para precisar la elección de los puntos de aplicación de la fuerza. (Y también lo hace para desvelar donde está la clave del poder). Quizás –se insinúa- en que éste sea o deba ser más continental, marítimo o aéreo: el poder entendido como el más esencial, aquí y ahora.

La Geopolítica, ya desde el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, anunciaba una globalización, un nuevo orden mundial. No sólo proponía unas órdenes regionales en equilibrio. Esto era lo que era lo que primero se debería hacer con urgencia. Mucho menos aún, había que permitir una proliferación de abundantes y sendas autonomías políticas en unas tierras que quedarían sacralizadas por una interpretación de carácter tribal, ácrata o anarquista hostil todas a la idea misma de orden (mundial o global). Y también contrarias al ordenamiento estatal por grandes regiones. Es el caso del Reino, del Estado y de la Conferencia yugoeslava.

El concepto previo a la cosmovisión, a la mundialización, y al universalismo, -tres modos diferentes de una misma ilusión de origen naturalista, fue la idea de Espacio vital. Tanto el Estado Nacional como el Imperio Supranacional tienen sus propias geopolíticas porque tienen decidido cual es su Espacio vital.

No fue únicamente una postura que se puso de moda en las relaciones internacionales, ni fue el añadido de una política exterior a la política interior que le daba cobertura. La doctrina del espacio vital, -un determinismo geográfico- anunciaba un mundo feliz. Fue un neto mesianismo, que alguien supo atribuir a una raza privilegiada sobre los restantes pueblos o etnias: a la raza blanca de los arios indoeuropeos.

En la realidad académica de las Universidades de los años 1930, la Geopolítica funcionó por escuelas nacionales. Y también funcionaron algunas escuelas más, concebidas para que ninguna otra geopolítica se impusiera. La parálisis de los imperios –o mejor de los imperialismos- fue el primer objetivo de la movilización técnica que se generó en los ejércitos nacionales. Ahora se elige como blanco a la globalización (tanto de los intereses como de los ideales) admitidos sólo si eran éstos los propios de la Sociedad de Naciones, no de una potencia hegemónica en concreto. Se exige multilateralidad (mejor consensuada) donde hubo unilateralidad (impuesta por una potencia).

“La política de un Estado está en su Geografía” –decía Napoleón- para de este modo legitimar el expansionismo de su Imperio. El dominio de más y más territorios era,

desde años antes, una idea nueva en la Europa del siglo XVIII. El territorio se había convertido en la figura central de las conductas y de los discursos del poder en los Gobiernos de Federico de Prusia, de Luis XV y de Catalina de Rusia. En España reinaba Carlos III.

Tres nuevas ciencias irán adueñándose de determinadas mentes, -la Geografía Política, la Geopolítica y la Geoestrategia (por este orden cronológico). Expresiones tales como Liga pangermanista del grupo wagneriano de Bayreuth (en la época de Bismarck) como la Alianza alemana de Friedrich Lange y como las Ligas navales o Sociedades escolares alemanas del general Keim, anunciaban que se estaba pasando desde una clásica filosofía de la Naturaleza a una moderna geopolítica del Espacio vital.

La axiomática de la expansión territorial en el geógrafo Ratzel se construyó sobre el concepto de Geopolítica Política. Va desde un libro de 1869, Ser y devenir del mundo orgánico a otro de 1908, Imágenes de la guerra con Francia para concluir que “el saber geográfico y estratégico es una fuerza política”.

Todas las geopolíticas posteriores a Ratzel postulan un centro y una periferia. Lo que comprenden son: un territorio, primero Natural, el que está en la naturaleza de las cosas; luego un territorio Prometido, el que debería quedar abrazado por la soberanía del Estado que crece, y tercero un territorio Vital, el que tendrá que ser conquistado a viva fuerza por este Imperio emergente, dócil a lo geográfico. La Geografía –nos dicen- manda.

Los Atlas –la Cartografía premonitoria-; las Universidades -las Cátedras de geopolítica; los Estados Mayores – las Escuelas de guerra; los Partidos colonistas, las Ligas y las Sociedades de comercio etc... andan detrás de la nueva Ciencia de la sangre y del suelo. Se ha terminado el culto a la estática de la Geografía física y ha estallado la dinámica de las Geografías humana y económica.

La concepción de una o de varias geoestrategias en recíproco conflicto resultó encubierta por la grandiosidad cosmográfica de las correspondientes geopolíticas. La Geopolítica de los profesores se hace Geoestrategia de los Estados Mayores. Y lo más fácil de detectar en los debates será el tríptico <<poder continental, poder oceánico, poder aéreo>>. Los tres grandes geoestrategas serán: a) Mac Kinder, para los ejércitos terrestres (luego Karl Haushofer), b) Alfred Mahan (luego Celerier), para las armadas navales y c) Julius Douhet, para las formaciones aeronáuticas (luego Pierre Gallos).

Llegó primero la geografía de Ratzel una antropogeografía que desembocaba en una geografía política, para engendrar una sociogeografía y una verdadera geopolítica. Pero quien propone una geopolítica, desarrolla también una geoestrategia y tratará de demostrar la existencia de fuerzas históricas y geográficas que determinan el curso de la Historia. Fue determinismo llamado geográfico del siglo XX. La Geopolítica se hace una ciencia que estudia las fases de nacimiento, desarrollo, plenitud y muerte de los Estados como grupos sociales –pueblos- asentados en un determinado territorio e influidos por las condiciones del suelo.

Ya su maestro Karl Ritter (1779-1859) preveía, hacia el año 1848, la próxima llegada al poder de hombres de gran inteligencia capaces de prever y dirigir el desarrollo futuro de cada nación política. El ruso Metchnikoff subrayó en pleno siglo XIX, la relación íntima entre grandes cuencas fluviales y las civilizaciones. Los ingleses Mac-Kinder y Hereford George, entre 1890 y 1901, mostraron a los norteamericanos la relación entre historia y geografía. Precisamente lo hicieron en las Grandes Universidades del Nuevo Mundo.

Pero fue el sueco Rudolf Kjellen (1914) quien en sus numerosas obras sobre las grandes potencias y en El Estado como forma de vida dio el paso decisivo y llamó a su ciencia Geopolítica, aunque sin echar de menos todavía a la Geoestrategia también como ciencia del Estado todavía más eficiente.

La Geografía, dirá Juan Vilá Valentí en La Península Ibérica (Barcelona, 1968) “es una ciencia de realidades vivas y cambiantes”. Sus colegas, Manuel Terán y Luis Solé Sabaris, en Geografía Regional de España, (una obra del mismo año y editorial) también ponían, las cosas en su sitio, académico del todo.

“La geografía en su marcha ascensional se ha beneficiado en la documentación valiosa acumulada durante muchos años por especialistas de ramas afines, geólogos, meteorólogos, botánicos, economistas, cartógrafos etc. Pero al geógrafo le corresponde seleccionar de esas disciplinas los conocimientos necesarios para establecer su propia síntesis; no en vano se ha dicho que la Geografía es la filosofía de las ciencias de la Tierra”.

Ciertamente que –lo escribió el francés Emmanuel de Martonne en su Tratado de Geografía Física, traducido al español en 1964- “la geografía ha tomado el aspecto de una ciencia avasalladora con tendencia enciclopédica”. Ahora bien, limitar correctamente el campo de los estudios geográficos sólo puede traer beneficios a una sana Geoestrategia que no se obsesione por la cratología (una pura teoría del poder).

El catedrático catalán Jaime Vicens Vives (que enseñó primero Geografía General en Zaragoza y luego Historial social y económica en Barcelona) nos dejó en los comienzos de sus tareas universitarias un texto de Geopolítica (1950) pletórico de sensatez.

“La Geopolítica, novel ciencia geográfica, interpreta el pasado geográfico o histórico para justificar la actualidad. Pretende sentar las bases generales de una comprensión correcta del factor geográfico en el proceso histórico de las comunidades humanas”.

Y lo explicaba de esta prudente manera:

“En realidad no han sido los geógrafos quienes han abierto el camino a la comprensión científica de las realidades entre la Tierra y las sociedades políticas que la pueblan... ellos han ido descuidando un factor geográfico del mayor interés: el hombre organizado en sociedad”.

“La Declaración conjunta de 1928 sobre el concepto de Geopolítica de los cuatro grandes del momento (Hanshofer, Obst, Lautensach y Mauel) habla de la ciencia de la vinculación geográfica de los acontecimientos políticos. Para ellos no era más que una Geografía Política aplicada, como dejaron dicho en 1935 en Passarge”.

Nada se afirma de la Geoestrategia por separado de la Geopolítica. Cuando lo haga Ives Lacoste en La Geografía un arma para la guerra (o en La Geografía del subdesarrollo) se centrará en un dualismo desconcertante, el dualismo entre <<geografía de los Profesores académicos>> y <<geografía de los Estados Mayores>>.

Y es que la Geopolítica y la Geoestrategia tienen delante diferentes esferas de conocimientos. En la esfera de los estudios geopolíticos la presencia del Estado y de las relaciones interestatales es agobiante. La Geopolítica de finales del siglo XIX –en realidad una política de inspiración geográfica- había pretendido poner en orden los resultados históricos de la impronta del Estado sobre el espacio terrestre. Era (o quería ser) una ciencia determinista que propendía a subrayar lo que permanece y dura, por ejemplo, el trazado de las fronteras al que consideraba absolutamente respetable (al que consideraba absolutamente respetable) sobre lo coyuntural (un programa de gobierno).

En la esfera de los estudios sólo geoestratégicos se contemplaban, más bien, las realidades concretas del potencial militar de las soberanías políticas en presencia y en contacto. Incluso de las coaliciones. Con mayor o menor apoyo en otras potencialidades de orden físico, humano o económico, los estudios geoestratégicos se orientaban al dictado de los puntos de aplicación del esfuerzo de las Fuerzas Armadas en una guerra abierta.

La elección oportuna del momento de operar con unidades militares, la precisión de la medida de la intensidad del esfuerzo, las previsiones de duración de los encuentros armados etc. hacían de la Geoestrategia una verdadera ciencia del Estado.

Poner oportunamente en actividad al potencial de guerra, y efectuar presión sobre el enemigo potencial mostrando fuerzas sobre las zonas geográficas donde estaban localizados los intereses disputados. O disuadir al presunto enemigo para que no se emplee a fondo porque será inútil, se fue convirtiendo en estrategia. Pero, de hecho, en la estrategia que gritaba ¡Ahora o nunca!

Se llegó a esta situación por dos vías. La vía de la ampliación de lo estratégico, pensado desde sí mismo y la vía de la delegación de lo político hacia lo militar, como si tal fuera su inevitable desarrollo en la praxis de las relaciones internacionales.

La Geopolítica solía limitarse antes de la Gran Guerra a señalar cual estaba siendo en términos espaciales la naturaleza de las cosas, -el “destino manifiesto” como se decía en los Estados Unidos de Theodor Roosevelt. A lo sumo distinguía entre los caracteres de los pueblos en presencia y en competencia. Y decidía quien merecía confianza y quien demandaba hostilidad –el amigo versus al enemigo.

La Geoestrategia daba un paso más hacia la conflictividad abierta. Dando por supuesta la declaración formal de hostilidades, se empleaba en dilucidar los grados de eficacia de los medios terrestres, navales o aéreos para invertir las zonas de influencia, no por la pacífica sucesión de situaciones propicias para unos Estados y críticas para otros. Lo hacía desde el poder de las armas, sitas en el escenario por sorpresa en una coyuntura favorable.

El viejo concepto de Gran Designio, previo en la historia de Francia a la ordenación del Tratado de Wesfalia (1648), pesaba todavía mucho sobre las Grandes potencias o sobre las grandes coaliciones de Estados del fin del siglo XIX. Se supone que todos tienen escondido, en el arcano, un propósito, un proyecto, un pronóstico de hegemonía o de supremacía que son de hechos fatales e ineludibles. La guerra – repetían los grandes dirigentes al servicio de una geoestrategia nacional- está en la naturaleza.

4.- GEOESTRATEGIAS INCOADAS ENTRE LOS SIGLOS XIX Y XX

Entre los siglos XIX y XX encontraron sitio y tuvieron eco unos modos nuevos de pensar que fueron saltando desde la Geografía general hasta la Geografía política (de Ritter a Ratzel); desde la Geografía política hasta la Geopolítica, (de Kjellen a Haushofer) y desde la Geopolítica hasta la Geoestrategia, (desde Mac-Kinder a Mahan) para dejar abierto el campo, entre otros, a teóricos como Douhet, Castex, Liddell Hart y Beaufre. Podríamos abrir el paréntesis en 1848 y cerrarlo en 1949, de tal modo que queden dentro la Guerra de secesión de los Estados Unidos, la Guerra franco-prusiana, la Gran guerra y la Segunda guerra mundial. Es el siglo de las guerras en cadena del que escribió con talento el pensador Raymond Aron.

Este largo periodo de tiempo transcurrió cultural occidental en un ámbito cultural (Occidente) que ya tenía de antemano aceptablemente formuladas sus ideas estratégicas y que las seguirá teniendo una vez se clausuren los cien años de su duración. Tiene, pues, de original la simbiosis entre dos esferas del saber: una civil y universitaria (la de la geografía) y otra militar y operativa (la de la estrategia)

De aquí que sea posible situar a la llamada Geopolítica del periodo abierto entre los siglos XIX y XX, tanto en la historia de las ciencias del espacio, como en la historia del arte de la guerra. En Francia, por ejemplo, se habló de una geografía de los Profesores y de una geografía de los Estados Mayores; pero también podría hablarse de una estrategia (propia de las Universidades) en conflicto con una estrategia (propia de los Cuarteles Generales).

Nosotros hemos optado por seguir un recorrido simplificado en tres grandes etapas: Estrategia, Geoestrategia, Geopolítica. Es un orden lógico que va desde un momento de escasa implicación de lo estratégico en lo geográfico (1848) a otro de máxima implicación (1949) pasando por un momentáneo equilibrio (1898).

Conviene, pues, dar noticia de los ocho actores principales de la aventura cuyo horizonte suele ser el de un nuevo orden mundial como el que se ofreció en la Carta de

San Francisco, tras la derrota de las potencias del Eje (tanto en el Atlántico como en el Pacífico).

1.-Karl Ritter (1779-1859), discípulo directo del sabio Alejandro Humbold, dio como geógrafo un gran impulso a la vida universitaria en Berlín, a partir de 1820. También enseñó geografía en la Academia Militar. El título de su obra fundamental es Geographisch-statistisches (1804-1808). Puso de relieve la notable influencia del medio físico en la vida del hombre.

2.-Friedrich Ratzel (1844-1904) prolongó las enseñanzas de Ritter en la Universidad de Munich, introduciendo el concepto de área cultural. Sus dos grandes obras son Anthropogeographie (1882-1895) y Politische Geographic (1897). Es una especie de biografía que desemboca en una sociografía con el acento puesto en lo político. Era realidad, es un manual del imperialismo donde el dominio del mar es la verdadera fuente de la grandeza nacional. Según Ratzel, un objetivo que debería tomarse en serio Alemania una vez unificada, frente a Inglaterra.

3.-Sus discípulos, Walter Vogel, Otto Maull y Erich Obst fueron exagerando el carácter político de las nociones de geografía económica, de paisaje cultural y de instinto geoestratégico. Es este exactamente el ambiente que encuentra el nacionalsocialismo de los hitlerianos de los años treinta.

4.-Rudolf Kjellen (1864-1922), geógrafo sueco de muy amplios horizontes, será quien coloque todos los conocimientos científicos sobre el espacio, bajo el rótulo de la Geopolítica. Él es quien formula la doctrina del Estado como un organismo geográfico viviente. El Estado es una forma de vida que tiende hacia la autarquía económica y a cuyos fines todo debe subordinarse. Su obra clásica es Problem of the Three Rivers (Rin, Danubio, Vístula). Es la apoteosis de un Estado Continental europeo, absolutamente hegemónico a medio plazo.

5.-Alfred Thayer Mahan, (1840-1941) marino norteamericano (nacido en la Academia de West Point, donde su padre, militar, ejercía el profesorado) dará un salto cualitativo con sus sugestivas lecciones de historia dictada sen la Escuela de Guerra Naval. La obra magna es The influence of Sea Power upon History (1660-1783), aparecida con notable éxito en 1890. Completa su cosmovisión oceánica con dos libros más, The influence of Sea Power upon French Revolution and Empire and Empire (1892) y Sea Power in Its Relations to War of 1812 (1905).

6.-Halford Mac-Kinder, (.....) geógrafo británico, le dará la vuelta a las ideas del almirante Mahan dará en las fechas consiguientes a la implicación norteamericana en la Guerra del 98 (Cuba y Filipinas). En Geographical Pivot of History dará su versión continentalista, mucho más enfatizada aún que la naval norteamericana. Lo que llama pivote geográfico de la historia (o corazón del mundo) es, exactamente, lo que tiene preconizado un dominio geopolítico absoluto si no se le pone remedio con una geopolítica inteligente por parte de las potencias marítimas.

Mac-Kinder en 1904 explica a las grandes potencias la existencia de un esquema territorial en tres amplios semicírculos: a) el que comprende al Área Pivote (corazón del mundo) que es la suma de lo más continental y menos costero de Asia y de Europa; b) el que circunda al Pivote (o semicírculo marginal interno) que será el escenario de las grandes conflagraciones y c) el insular (o semicírculo marginal externo) que tiene como tierras extensas únicamente al África Subsahariana y a Australia (continente australiano).

7.-Julio Douhet (1869-1930), un aviador italiano que había sido muy crítico con la política militar de la Monarquía de la Casa de Saboya en los preliminares de la Gran Guerra, se verá rehabilitado en 1918. Y presentará sus teorías sobre El poder aéreo y El dominio del aire (1912), ofreciendo unas salidas al debate de Occidente entre las dos grandes guerras. Una para los que encuentran la clave del poder político y económico en el tráfico marítimo y otra para los que lo garantizan sobre la posesión de las fuentes continentales de energía y de materias primas, concentradas por el poder político y económico en el tráfico marítimo y otra para los que lo garantizan sobre la posesión de las fuentes continentales de energía y de materias primas, concentradas por un poder político hegemónico.

8.-Karl Haushofer (1869-1946), su riguroso contemporáneo alemán, desdeñará la deriva aérea del italiano Doudet hacia una geoestrategia que, como la de su compatriota Eberhard Billeh (1937) convierte al avión en esencial fuerza geopolítica. Haushofer, profesor de Geografía de la Universidad de Munich desde 1919, recuperará la síntesis de geografía política y de geografía económica sin desdeñar a la síntesis (más tradicional) de geografía física y geografía humana. En realidad, convierte a la geografía más activa en un arma para la guerra.

Haushofer fue la culminación de la tendencia que ya se podía haber percibido en Ratzel y detectado en Kjellen. Ciertamente que todo estudio geopolítico no tiene porqué derivar hacia una teoría del poder, hacia una cratología. Pero en sus concretas circunstancias –la era occidental moderna de las dictaduras (1917-1945), reflexionar sobre la estabilidad del Japón para desestabilizar a Inglaterra y no llegar a ninguna solución sobre lo que debería estimularse en la Unión Soviética (o en los Estados Unidos de América) era una terrible imprudencia, cualquiera que fuera la ideología subyacente en la propuesta que brotó de su mente e impresionó tanto Rudolf Hess como a Adolf Hitler.

Los textos que se citan quedan centrados en el ámbito de la geoestrategia y por analogía en las estrategias totales o globales vigentes a mediados del siglo XX. Los autores han escritos otras obras quizás más significativas pero menos atinadas al concepto de geoestrategia.

ARON, Raymond.- Un siglo de guerra total. Guerras en cadena. Editorial Rioplatense. Buenos Aires (1973).

BRODIE, Bernal.- Guía para la estrategia naval. La estrategia en la era de los misiles.

BUZAN, Barry.- Introducción a los estudios estratégicos. Tecnología militar y Relaciones Internacionales. Editorial Ejército (1990).

CELERIER, Pierre.- Geopolítica y Geoestrategia. Ediciones Pleamar. Buenos Aires (1979).

DOUHET, Giulio.- El poder aéreo. El dominio del aire. (1921).

FULLER, J.F.- La dirección de la guerra.

MAHAN, Alfred Thayer.- La influencia del poder naval en la historia (1890).

MACKINDER, Alfred Thayer.- La influencia del poder naval en la historia (1890).

MAO-TSE-TUNG.- La guerra prolongada. Ediciones Roca. México (1973).

PARET, Peter.- Desde Maquiavelo a la era nuclear.

TOFFLER, Alvin.- Las guerras del futuro (1944).

5.- CONCEPTO DE GEOPOLÍTICA

¡Claro que una teoría geopolítica del poder siempre dará por supuestas tantas teorías geopolíticas como presuntos imperios incoados o pretendidos! Algunos Gobiernos se podrán, audazmente, a la vista y al servicio de la ampliación del espacio vital del que precariamente gozaban cada uno.

Los argumentos de cada teoría se consideran válidos únicamente para algunos de los Estados emergentes (que no decadentes). El geógrafo francés Lacoste del último tercio del siglo XX, Yves Lacoste, había descalificado al denominado darwinismo social del anglosajón Herbert Spencer al poner sus obras sociológicas (ingenuamente) al servicio de los dos totalitarismos europeos, el de Lenin (1917) y el de Hitler (1939), incoados tras la muerte del gran sociólogo del evolucionismo.

En plena guerra fría (hacia 1953) se hablará de una estrategia de las fichas del dominó mundial, dispuestas de tal modo para que una vez derribada la que tenemos a nuestro alcance vayan cayendo todas las demás. Este es el léxico de todos los imperialismos... <<quien domine, por ejemplo, un lado de un estrecho marítimo, una cabecera de valle del río a la larga muy caudaloso, una periferia de una masa continental, unos collados de paso obligado de una cadena montañosa etc. dominará más y más territorios.>>. Lo que dominará es mucho más grande que lo que podría dominarse desde ahora mismo.

Los geopolíticos y los geoestrategas de estaban a favor de esta tendencia expansiva de su nación tenían fija en su mente una cierta forma de Imperio. La tenían como si fuera la única forma de anticipar el futuro de la Humanidad. Fue la hora geohistórica de las grandes interpretaciones del devenir de las civilizaciones.

El historiador José Luis Comellas de la Universidad de Sevilla, en su obra Los Grandes Imperios Coloniales, inscribe a la mentalidad subyacente en los dirigentes de las primeras potencias mundiales en una Geohistoria, que en realidad quería ser tenida como si fuera sólo una buena geografía para profesores de Estado.

“La palabra <<potencia>>, en el sentido de Nación-Estado, poderosa y capaz de influir en el destino del conjunto se consagró justamente a raíz del fracaso de uno de los intentos de constituir un poder de fuerza extraordinaria, el Imperio napoleónico”.

Se miró entonces a las ciencias geográficas como no se las había mirado nunca, es decir, buscando en ellas una orientación para que los nuevos intentos de <<constitución de un poder de fuerza extraordinaria>> no fracasaran del mismo modo que había fracasado el de Napoleón. Lo ratifica Comellas con estas palabras:

“Hay un momento histórico en que Leviatán se desarrolla más que nunca. Este aumento corresponde en la mayor parte de los países de Europa a los años que siguen al ciclo revolucionario de 1848. Casi todos los historiadores que han tratado de la revolución del 48 están de acuerdo por lo menos en una cosa: el aumento del poder del Estado como consecuencia de la crisis”.

Aquella Geopolítica (imperial) fue pronto seguida por una Geoestrategia (imperialista). Todo el saber del espacio cayó en una posición similar a la de la Geografía (política). Lord Curzon dio con la llave maestra, que manejó Lord Grey y dijeron sucesivamente ambos una misma idea.

“La Gran Bretaña es, después de la Providencia, la fuerza bienhechora más grande del mundo”.

“La Gran Bretaña es el más poderoso instrumento de la Tierra”.

Engels se lo diría a Kautski en 1882, pero ahora en términos más sociales que económicos.

“Lo mismo que los burgueses, ahora, los obreros participan alegremente en el festín del poderío inglés en el mundo y sobre las colonias”.

También Jules Ferry, puesto al frente de la Tercera República Francesa... “predicaba como si fuera una cruzada el deber de Francia de dedicarse a una misión de expansionismo mundial” porque Francia al igual que Rusia tenía un quehacer grandioso en su horizonte.

“Rusia ha nacido, obra de la Providencia, para la salvación de la Humanidad”.

La Geopolítica del siglo XX (que era la geopolítica moderna) tenía un sólo objetivo. Fijar en un mapa geográfico el lugar donde estaba la llave del mundo para así poder penetrar con mayor facilidad en el centro del mundo.

El marino norteamericano Alfred T. Mahan desde la Geoestrategia, convenció a muchos políticos occidentales y europeos con esta insinuación malévola, que, en principio, dieron por buena.

“Constantinopla –hoy Estambul- es el <<centro del mundo>> en un doble sentido: en primer lugar allí se encuentra el centro de gravedad de las tierras emergidas; en segundo lugar, es llave de tres continentes, ventaja que no iguala ningún otro punto del planeta”.

A este tipo de Geopolítica le acompañaba necesariamente otro tipo de Geoestrategia. Era el presupuesto de la teoría estratégica que ha predominado en 1898 hasta la caída del muro de Berlín en 1989.

“El motivo, si no principal, al menos el más universal, el más generalizado de la expansión colonial fue el ansia de prestigio, el deseo de mostrar ante el mundo, la fuerza, la capacidad de relación de una potencia, sin necesidad por ello de ofender a los demás. El colonialismo tuvo mucho de demostración, de exhibición”.

No se tardó mucho en percibir la peligrosidad de las actitudes aquellas ya generalizadas entre las grandes potencias, cuya realidad apareció desenmascarada en el llamado reparto de África de la Conferencia de Berlín (1885). Y para Marruecos, Francia y España en la Conferencia de Algeciras (1906). Lo percibió Hobson entre 1880 y 1902 y poco más tarde Ivan Bloch. Era un gran desvío ético que tendría gravísimas consecuencias para Occidente.

“Lo cierto es que ese imperialismo colonialista, que tanta fuerza física y moral tuvo en su tiempo, duró extraordinariamente poco a escala histórica”. “El Movimiento en toda su virulencia estalló por 1880 y ya en 1902 con la obra de Hobson, empezó a ser criticado”.

Hobson daba una salida. “Para que el imperialismo pueda justificarse, alegando que contribuye a la civilización de las razas inferiores, deberá esforzarse por elevar el nivel moral y económico de éstas en sus propios territorios, conservando en la medida de lo posible los hábitos e instituciones de la vieja sociedad tribal”.

La Geografía Política, la Geoestrategia y la Geopolítica ofrecían por separado sus conclusiones. Sólo la primera de las tres ciencias se mantenía en lo académico puro, oscilando entre los dictados de una Geografía General para el conocimiento del espacio habitado y de una Geografía Aplicada (o activa) para el ordenamiento del territorio. Eran la Geografía (en tanto Estrategia) y la Geografía (en tanto Política) las que habían sido llevadas a la acción en dos planos, el superior para atender a la pregunta ¿Qué debemos saber? y el inferior para contestar al problema ¿Qué tenemos que hacer?

A partir de los tiempos de la Guerra Fría nos preguntamos gobernantes y gobernados ¿qué debemos saber? desde la Geopolítica. Lo hacemos acerca de la más adecuada comprensión de lo que sería un orden estable de relaciones entre los fragmentos habitados de la Tierra y las sociedades que los organizan y se reparten su dominio.

También desde esas fechas nos preguntamos desde la Geoestrategia ¿qué tenemos que hacer?, quizás para poder alterar el estado de una situación, por inestable que sea, en nuestro beneficio (mayor) o en nuestro (mínimo) daño, aunque siempre sin decidimos al empleo de la fuerza armada para anticipar el éxito.

Y le damos una respuesta a las dos preguntas, partiendo de la situación verdaderamente dada para sustituirla por otra que, a nuestro juicio, sea más justa. La

Geopolítica quiere saber lo que hay aquí y ahora en la realidad social donde la Geopolítica pretendería hacer lo que debería ser emprendido cuanto antes en nuestro momento histórico.

Se nos exige, ahora, una subordinación del quehacer estratégico a la sabiduría política. Política y Estrategia son los dos afanes que se polarizan, el primero y en teoría, hacia la reflexión sobre los fines y el segundo y en la práctica, hacia el empleo de los medios.

La Geopolítica tratará siempre de fijar cuáles son los fines (o los propósitos) de la voluntad del Estado o de las coaliciones o alianzas para resolver sus conflictos. La Geoestrategia estudiará cuales son los modos más adecuados para obtener desde la verdadera situación atravesada los mejores resultados a través del uso racional de los medios disponibles, aunque se incluya a los medios militares.

La ordenada sucesión de una reflexión geopolítica y de una visión geoestratégica sobre una situación concreta debería dejar bien determinadas las tareas que se encomiendan a los titulares de los recursos y de los medios, materiales y personales. La ejecución de las tareas pendientes va siempre más lejos del límite donde se detiene la Estrategia, que es el arte operacional. Prioriza a la Diplomacia, es decir, al juego de las relaciones internacionales. Y aún confía más en las Políticas de seguridad y de defensa si se proyectan con voluntad de ser colectivas, comunes, compartidas etc...

El preciso y riguroso reconocimiento de los medios y de los recursos que están al alcance del poder, y por ello mismo, disponibles, corresponde a otras esferas del arte de actuar (que en términos tradicionalmente militares se concretan en la Táctica y en la Logística de las unidades). Son dos esferas del conocimiento ambas diferentes de la Estrategia. Más aún lo son de la Política.

Ahora bien, desde el siglo XX, la Táctica y la Logística, como ciencias de aplicación, se vienen mostrando en su desarrollo doctrinal ajenas a la Geografía Política. Lo que no quiere decir que se abstengan de la Topografía y de la Geografía Física para fundamentarse como ciencias aplicadas.

El parentesco con la Geografía, tanto de la Política (entiéndase internacional) como de la Estrategia, (operativa) tiene su correlato con el que existe entre la Topología y el conjunto Táctica-Logística (entiéndase de campaña). Será así de manera evidente en el ámbito de las operaciones en campo abierto (todavía previsibles) cuando un conflicto grave lo requiera.

La Geoestrategia establece, no tanto el volumen o la calidad técnica de los recursos materiales y de los medios personales como los modos de proceder que han de considerarse más eficaces para satisfacer los fines que ella nunca fija porque le vienen dados por la Geopolítica. Tal es desde finales del siglo XX, el espacio (socializado e internacionalizado a un tiempo) donde se instalará necesariamente la Ética, es decir, la obligada calificación moral de los propósitos, de las obligaciones, de los deberes y de los imperativos legales listos para legitimar todas y cada una de las acciones de fuerza.

La Geoestrategia es un arte sobre modos de operar. Esta es la primera condición que tiene que cumplir para legitimarse como ciencia. La elección del modo correcto de operar que, en una situación concreta tiene que realizar un peculiar actor, que marca el momento culminante al que no deberá llegar por pura intuición sino por razonamientos claros y lúcidos.

Toda Geoestrategia –tanto las estrategias de los industriales, de los comerciantes, de los equipos electores, de los tribunales judiciales etc... sin excluir a la de los preparadores deportivos, desembocan en una elección del modo correcto de operar cuya responsabilidad será depositada en un actor principal al que se llamará el gran estratega de su propio bando.

Para diagnosticar un presente y para pronosticar un futuro cada actor principal tiene a su lado varios actores secundarios. Estos que no responden del designio elegido para el conjunto de actores aliados. La apreciación global de la situación ha de contar con un posible fraccionamiento en situaciones particulares. Esta circunstancia será más grave en las coaliciones ocasionales de varios Estados soberanos que en las alianzas firmes ya consolidadas en una época como ocurrió durante la Guerra Fría.

Al final del decenio de los años cuarenta hubo pues de decidirse un cambio radical en los modos de pensar. En realidad cambiaron las grandes actitudes de los <<grandes actores del drama>>. Y todos, -Estados Unidos, la Unión Soviética, Europa Occidental y China sobre todo- entraron en una nueva era.

6.- GEOHISTORIA

La Introducción a la Estrategia del general francés André Beaufre (1902-1975) había supuesto un salto en la evolución de las ideas estratégicas ocurrido al hilo de la Guerra Fría. Es algo que le reconoció el propio tratadista británico de mayor prestigio en Occidente, Liddell Hart, con estas palabras:

“La Introducción es el tratado de estrategia más completo, más cuidadosamente formulado y puesto al día que haya sido publicado en el transcurso de su generación”.

Liddell Hart le aventura las grandes posibilidades que tenía el libro de convertirse, al margen de lo que ocurriera con las obras posteriores de de Beaufre, sobre disuasión y acción o sobre la guerra revolucionaria, “en una obra clásica, en un manual de esta disciplina” (Prefacio de la 1ª edición de 1963).

Beaufre vislumbraba la globalidad del nuevo conceptote estrategia, más allá de donde le dejaron Jomini, Clausewitz, Moltke y Foch. Es una globalidad que implica a todos los sectores del Estado moderno y que obliga en materias de Defensa y de Seguridad a una más estrecha relación entre estrategia y política.

Sus tesis, muy pronto compartidas (aunque también discutidas), aparecieron en plena carrera armamentista y en el momento más vivo del proceso descolonizador. Se

suponía inevitable (y plausible en determinadas condiciones) el uso táctico, es decir, efectivo, del armamento nuclear y de las armas de destrucción masiva.

El efecto del libro de Beaufre sobre los estudios estratégicos quedaba claro que sería notable. La estrategia no se reduce a estrategia militar. Transciende como inevitable desarrollo de la mera conducción de lo que se empezó a llamar guerra total. Y requiere que los ahora presuntos adversarios midan los riesgos y tomen como elemento de la nueva situación al miedo, a las consecuencias materiales y morales de su uso.

La dialéctica de las voluntades, que emplean la fuerza para resolver su conflicto en un momento dado, habrá de ser “un sistema de pensamiento y un modus operandi que tendrá, al menos tres capítulos en escalada:

- El bélico convencional u operativo.
- El tenso de la estrategia nuclear disuasoria.
- El insidioso de la estrategia indirecta no convencional o subversivo.

Beaufre (y con él muchos tratadistas de condición universitaria incorporados al gran debate estratégico) tomará en consideración un contenido algo más amplio que el de la Geopolítica vigente. Entró en contacto con alguna interpretación de la historia universal. Ya no se trata sólo de estrategia de las operaciones militares, sino de un amplio espectro de estrategias como las que Beaufre llamará económica, diplomática, política y psicológica.

“La preparación se ha vuelto más importante que la ejecución. La maniobra en el espacio se convierte en una maniobra de potenciales científicos y técnicos en el tiempo”.

Pero añade el general francés algo más decisivo que una atención preferente al tiempo también recomendada por los estrategas de condición civil.

“La evaluación de potenciales, el factor cualitativo moral y técnico, antecede en mucho al factor cuantitativo, lo que hace cada vez más subjetivo el arte de apreciar una situación”.

Y concluye –concluyen casi al mismo tiempo lo mismo que él muchos tratadistas de varias naciones- que la nueva estrategia de la potguerra “constituye un arte de aplicación permanente, tanto en estado de guerra como durante la paz”.

“La estrategia es el único método de análisis que permite prever y evaluar los riesgos para así prevenirlos, o al menos reducirlos, preparando así el camino para la decisión política”.

“La estrategia global constituye así uno de los medios más importantes del arte de gobernar”.

Y es que la otra de las tendencias generales académicas que los estudiosos del sentido de la Historia Universales desarrollaron al hilo de las dos Grandes Guerras Mundiales

fue la que podríamos denominar Geohistoria. Con el auge de los estudios geohistóricos se pretendió corregir los males del determinismo geográfico reemplazándolos con el probabilismo derivado del signo de los tiempos.

Como género literario la Geohistoria es muy atractiva. Se acepta con mayor credibilidad cuando se fundamenta en cálculos y en informaciones, que es lo que pretende la Prospectiva si actúa como ciencia. Por ejemplo, cuando Herman Kahn (a su lado, Anthony Weiner) presentó su magna obra El año 2000 (1965) dejó (o pretendió dejar) de alguna manera bien orientadas todas las estrategias. O bien se acelera el proceso previsible o bien se aminoran los efectos negativos al seguir una u otra línea de acción: la que respeta los propósitos y la que los desdeña.

El primer empeño geohistórico del siglo XX pudo ser el de Oswald Spengler (año 1920 y siguientes) en la Decadencia de Occidente y el segundo, el de Arnold Toynbee (año 1950 y siguientes) en Estudio de la Historia (varios tomos). Pero el hábito (o la pretensión) de adelantarse a los acontecimientos, no ha cesado. Lo percibimos en Auge y caída de las grandes potencias, de Paul Kennedy en Las guerras de futuro de Alvin Toffler (1993), en El nuevo y el viejo mundial de Noam Chomsky, en El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial (1993) de Samuel P. Huntington y en El Fin de la Historia y el último hombre de Francis Fukuyama (1992).

En realidad, se trata de cosmovisiones, de visiones de conjunto, de grandes pronósticos inexorables, que no se presentan como fatalistas o catastróficos sino, únicamente, como probables a medio y a largo plazo, sea por la fuerza de la razón, o sea por la naturaleza de las cosas.

La Estrategia, la Geoestrategia y la Geopolítica, en principio, se sienten enriquecidas por la Geohistoria. Normalmente, se mantiene por sus estudiosos (hoy con mayor prestigio) una atención preferente al comportamiento de los dirigentes de las grandes potencias o de los grupos sociales emergentes con crecientes peso en la vida colectiva.

Las tres consideraciones hoy más reiteradas –la que viene de las políticas de seguridad, la que se materializa como políticas de densa y la que podría deducirse como propia de políticas de defensa y la que podría deducirse como propia de políticas militares–, se reconocen afectadas por las ideas dominantes en cada tiempo y circunstancia. De hecho, cada estudioso se sabe colocado en línea con unas cosmovisiones (o interpretaciones) del sentido de la Historia y en oposición con otras, a las que descalifica por razones éticas.

Brzezinski en La gran transformación y en Vivir con una nueva Europa (2002), Henry Kissinger en Diplomacia (1966). Saúl Bernard Cohen en Geografía y Política en un mundo dividido (1963) J.M. Collins en La Gran Estrategia (Profesores y Prácticos) y Nicholas J. Spykman, en La Geografía de la Paz (además de Lawrence Freedman en La evolución de la estrategia nuclear) nos dan brillantes cosmovisiones cuando no estados claros de la cuestión debatida, panoramas estratégicos, etc. Lo expresa muy bien este título, de uno de ellos el primero, El tablero mundial. Otros autores asumen un fuerte grado de globalidad al que también los recientes estudios estratégicos son muy

sensibles. La Prospectiva aventura que habrá grandes cambios en amplias regiones. Nunca se pronuncia sobre cambios para localidades menores.

Todos los autores y los textos de ellos ofrecidos como de Geohistoria reflejan distintas versiones sobre la implicación de lo geográfico en las políticas que son las, a su juicio, más expresivas del siglo XX. Son escritores geopolíticos, pero meditan con la mentalidad de geohistoriadores. Se les cita por orden alfabético pero deben consultarse en orden cronológico de aparición:

- ANCEL, Jacques.- Geopolítica (1938).
BLOCH, Ivan.- La guerra futura (1898)
COHEN, Saúl B.- Geografía y Gran estrategia (1991).
COLINS. S. GRAY.- Geografía y Gran estrategia (1991).
GALLOIS, Pierre.- Geopolítica. Paradojas de la paz (1992).
FREEDMAN, Lawrence.- La evolución de la estrategia nuclear (1981).
HAUSHOFER, Carl.- Poder y espacio (1936).
HUNTINGTON, Sam P.- El choque de civilizaciones y el nuevo orden mundial (1987).
KENNEDY, Paul.- Auge y caída de las grandes potencias (1987).
KISSINGER, Henry.- Armas nucleares y política internacional (1962).
KJELLEN, Rudolf.- El Estado como forma de vida (1916).
LACOSTE, Ives.- La geografía, un arma para la guerra (1977).
MACKINDER, Halford.- El pivote geográfico de la Historia (1904).
RATZEL, Friedrich.- Geografía de los Estados, del comercio y de la guerra (1903).
RECLUS, Eliseo.- El hombre y la tierra (1885).
SPYKMAN, Nicholas J.- La geografía de la paz (1944).
STRAUSZ-ZHUPE, Robert.- Geopolítica, la lucha por el espacio y el poder. (1945).
VICENS VIVES, Jaime.- Tratado general de geopolítica. El factor geográfico y el proceso histórico.
VIDAL DE LA BLACHE, Paul.- Principios de geografía humana (1921).
WALLERSTEIN, Inmanuel.- Geopolítica y Geocultura. Ensayo sobre el cambio del sistema mundial (1991).

7.- CONCLUSIONES

Si algo enseña la Geografía Política es a localizar, en primera instancia, mejor en el mapa los fenómenos de la siempre posible conflictividad. Casi siempre será conveniente para el tratadista el hecho de incrementar la ya lograda localización de los conflictos, reduciendo su zona de influencia. Hay que evitar la generalización y la internacionalización de los conflictos. Y nada ayuda más a lograrlo que teniendo bien cartografiada la presencia del grupo social o político, que de hecho, apela a la violencia de las armas para lograr sus fines con alguna reincidencia.

Si algo enseña la Geoestrategia es a localizar, en segunda instancia, los precisos orígenes de las agresiones realmente amenazadoras y las rutas hacia o desde donde los “santuarios” de los agresores se nos convierten en los objetivos que deberían estar a punto de ser asaltados para su inmediata reducción por fuerzas enviadas con las debidas licencias de las Naciones Unidas.

Si algo enseña la Geopolítica es a localizar, en tercera instancia, por donde andan ocultos los núcleos desde donde se toman tales indeseables decisiones. En los estudios geopolíticos la globalización relevará a la localización en la misma medida en que la modernización técnica enmascare mejor los despliegues fluidos de estos hostiles núcleos de poder. La Geopolítica, se es verdadera ciencia, ya habrá aprendido a buscarlos en cualquier lugar escondido que esté, aunque no siempre se actúe por sorpresa contra los “santuarios” de los agresores en potencia y con plena oportunidad.

Lo que dice sobre las coyunturas temporales el geógrafo francés Pierre George en su Geografía Activa vale para la Geografía Política. No tanto para la Geopolítica.

“Toda geografía es una ciencia del espacio en función de lo que ofrece o aporta a los hombres y también una ciencia de la coyuntura y de los resultados de las sucesiones de coyunturas”.

Hará, pues, que incorporar a los estudios geopolíticos una reflexión sobre el tiempo. La Geografía Física de Max Derreau (1961) ya lo anunciaba como una exigencia para el investigador.

“La Geografía Humana es la ciencia de las relaciones múltiples que explican la instalación de los hombres y sus modos de vida dentro de un marco espacial.”

Y es cada acontecimiento, si fuera previsible como un fenómeno amenazante, puede ser abordado desde tres perspectivas geográficas (crecientemente las tres) abiertas a la reconsideración sobre el momento en que se produjo la amenaza realmente.

- Primero: la perspectiva propia de la tradicional Geografía Física, afirma que suele ser determinista. El determinismo del factor físico nos dice que ella <<manda>> (la Geografía), aún sin dejar caer en la misma cuenta y el factor humano, el estudio del factor humano.

- Segundo: la perspectiva propia de la clásica Geografía Humana, nos dice que ésta suele ser probabilista. Se opina entonces que la Geografía <<enseña>>. Muestra lo que pasará casi con certeza.

- Tercero: la perspectiva propia de la todavía más moderna Geografía Económica, subraya que ella suele ser posibilista. Se concluye que Geografía nos <<aconseja>>. O nos recomienda unos objetivos como preferentes a otros.

Ahora bien, tanto la Geopolítica política como la Geopolítica (y también como las Geoestrategias subyacentes) en la realidad histórica del fin del siglo XIX, con ligereza suma, jugaron casi siempre la baza del determinismo geográfico. Tanto aquellos maestros geopolíticos como estos discípulos geoestrategas se creyeron secundados por el Poder político. Y ello les supuso una gran debilidad teórica a la hora de fijar las bases de una estabilidad interestatal en el mundo sin guerras en particular.

Lo más correcto (o lo más prudente como método) sería partir de lo posible, pasar a lo probable y no llegar nunca a lo previamente determinado como fatalidad. No hay inercia, sino más bien, una suficiente capacidad de enderezamiento del rumbo equivocado. Resulta, pues, obligado atender al cuidado de lo éticamente correcto y jurídicamente acordado como norma válida, si se quiere prevenir a las gentes de las concretas conflictivas en curso y evitarlas a tiempo.

Siempre existe el riesgo de entregarse a la prospectiva que surge de los datos estadísticos, si es que se quiere saber ¿qué va a pasar?, más allá tanto del ¿qué debemos saber? del ¿qué tenemos que hacer? Dadas unas cifras de paro laboral, de actos delictivos, de inflación etc...se suponen las posibles insurrecciones, los alzamientos, las agresiones etc... O mejor, se temen... Pero la solución sólo está en el horizonte cuando se mira en la buena dirección para contemplar las situaciones realmente dadas con plena objetividad.

Lo más correcto sería no renunciar a ninguno de estos cuatro niveles de contemplación de las grandes realidades regionales. Son el de la Geografía General, el de la Geohistoria, el de la Geopolítica y el de la Geoestrategia. Los balances deberán ser coherentes. Irán desde lo muy genérico o lo muy concreto.

La ayuda conceptual del geógrafo general y del geohistoriador permite eludir los grandes errores. Por ejemplo, nos alerta sobre la improbabilidad de un choque de civilizaciones y la probabilidad de otros conflictos algo menores pero graves.

Quien busca poseer las mayores generalidades, para así conocer mejor al hombre ya organizado sobre la superficie de la tierra debe estudiar, por separado, lo que están siendo las luchas (particulares pero de carácter global) por las fuentes de energía, y por las materias primas. Y también las peculiares tendencias (vigentes en la actualidad) de las culturas en la actualidad de las culturas y de las civilizaciones más arraigadas. Es el caso del geógrafo general aséptico y (también del geohistoriador) que sabe permanecer atento a las cosmovisiones relativamente vigentes en nuestro tiempo.

Quien busca el seguimiento riguroso de las concretas particularidades de un conflicto que surgen dentro de un escenario (o el de una concreta situación de duración media) estudiará las pérdidas de estabilidad aceleradas que surgen desde el seno de grupos sociales que toman antes conciencia de sus vulnerabilidades y de sus riesgos de sobrevivencia. Es el caso de los geopolíticos y (los geoestrategas) que saben, todavía con tiempo por delante, cuando se ponen a localizar los odios y los miedos que día tras día ganan a las colectividades en crisis.

He aquí cual sería el orden lógico de elaboración de los cuatro balances:

Es Geografía General la geografía de los geógrafos descriptivos. Sus trabajos localizan habitualmente con seguridad los grandes intereses y donde anidan (o se rearman) los grupos sociales dispuestas a luchar por ellos contra quienes se les pongan por delante.

Es Geohistoria la geografía de los profesores aunque no todos ellos se muevan con soltura por los textos de historia. Caracterizan bien a las épocas y a sus periodos como tiempos propios para el desmesurado crecimiento de ciertas actitudes de desequilibrio o de cambio acelerado.

Es Geopolítica la geografía de los políticos, aunque no todos ellos participan en el mismo grado de las mieles o de las hieles del poder. Son los políticos activos quienes tienen más prisa por salir de los conflictos (o por demorar su estallido aunque solo sea durante cierto tiempo) y son los que se ponen antes a favor de un orden de seguridad.

Es Geoestrategia la geografía de los Estados Mayores, aunque muchos de sus titulares (en el Estado Moderno) tengan también acreditada una verdadera condición civil por su formación universitaria. Son ellos quienes (en tanto estrategas) frecuentemente proponen por adelantado al dirigente en el Poder ejecutar con alguna prisa movimientos o gestos que desemboquen en algunas acciones de corta duración (o en disuasiones de duración media) como males menores en relación con el mal que sobrevendría si no se hiciera nada todavía.

No nos sorprende que Ives Lacoste desde la Universidad Francesa (hacia 1968 y siguientes) dejara dicho de la Geografía, todavía sin adjetivar, que era un arma para la guerra. Es evidentemente una exageración; pero no se puede pensar en términos geopolíticos o geoestratégicos sin tomar en cuenta la posibilidad del desvío. Porque, claramente, la primera mitad del siglo XX resultó ser una época en la que a la vez varias ideologías con pretensiones de globalidad con pretensiones de globalidad utilizaron a los estudios geográficos para legitimar sus agresiones de carácter bélico o revolucionario.

Tres ciencias, Geopolítica, Geoestrategia y Estrategia se han venido ocupando de la impronta del Estado en la ordenación del territorio (tanto de América como de Europa y del resto del mundo). Las Naciones Unidas, la Sociedad de Naciones, los Estados Unidos, las Confederaciones o las Federaciones de Estados etc... no son sino las manifestaciones de un único empeño, el de la construcción, sea del Estado ideal, sea de la Sociedad perfecta, sea del Jardín del Edén, sea del Paraíso en la tierra. Todo viene teniendo un mismo presupuesto ético, que ahora denominamos NUEVO ORDEN MUNDIAL.

Claro que esta utopía (que se manifiesta sólo terrestre o terrenal y mundanal; pero nada escatológica) va en contra de la que ha venido siendo la fuerte impronta del Estado en la ordenación de los territorios durante los últimos cien años. Un mundo sin fronteras, ha sido puesto en el horizonte de algunos Estados poderosos, (sin que éstos se olviden de la inviolabilidad de las fronteras ratificadas como las suyas).

Retengamos lo esencial del trance de la revisión de fronteras como el de la coexistencia de dos maneras o varas de medir una hacia dentro y otra hacia fuera de “mi espacio vital”, los propios derechos:

Hay en juego hasta cuatro niveles de contemplación para la Geopolítica que se quiera dotar de una Geoestrategia (como de ésta para dotarse de una Estrategia operativa). Son el nivel de la Geografía General, el nivel de la Geohistoria, el nivel de la Geopolítica y el de la Geoestrategia (propiamente dichas).

Hay vigentes en Occidente y quizás también en un mundo globalizado: una Geografía General, que es la de los geógrafos descriptivos; una Geografía Histórica de los profesores; una Geografía Humana, que es la de los políticos y una Geografía Física, de los Estados Mayores (a la que podríamos identificar con la Estrategia que quiere ser operativa). Sus tres sucesivos tiempos serán, un debate, un juego y un combate para cada cuestión disputada.

El debate (político) que es lo que precede al designio (estratégico). Es lo que luego determinará el juego (operacional) o la puesta en acción (combate) de una resolución (táctica). Se realiza, actualmente, en periodos de paz o de relativa seguridad. Allí donde la seguridad ni la defensa parecen amenazadas (es decir entre los pueblos civilizados) también aparecerán debates como algo necesario de nuevo ciclo de juegos y de combates.

Cabe pues seguir estas tareas, por este orden, 1.- debatir sobre tener o no tener una sana economía o sobre disponer o no disponer de unos presupuestos de modernización de las Fuerzas Armadas que estén más o menos pendientes del orden de seguridad, del estado de defensa (o del estado declarado de hostilidades) y 2.- polemizar sobre doctrina de empleo de la fuerza para priorizar un tipo de armas y de material. La pregunta definitiva está entre el incremento específico del poder “marítimo” –la Real Armada; b) del poder “terrestre” - los Ejércitos Reales- y c) el poder “aéreo”- el Ejército del Aire característico de las políticas de defensa.

Todo ello habrá de practicarse primero en la esfera del pensamiento (como algo más académico que ideológico) para que sirva de guía para la acción durante periodos de notable duración

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- 1.- **KENNEDY, Paul.**- Auge y caída de las grandes potencias (1987).
- 2.- **FUKUYAMA, Francis.**- El fin de la historia y el último hombre (1992).
- 3.- **HUNTINGTON, Samuel P.**- El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial (1993).
- 4.- **TOFFLER, Alvin.**- Las guerras del futuro, la tercera ola (1993).

Madrid, 17 de agosto de 2010
General de Brigada (R) Miguel Alonso Baquer
Asesor principal del Instituto Español de Estudios Estratégicos